



## CAPITULO X

En el que nuestro autor cuenta las aventuras que le acaecieron en compañía de los ladrones; el triste espectáculo que se le presentó en el cadáver de un ajusticiado, y el principio de su conversión.

Aunque muchas veces permite Dios que el malvado ejecute sus malas intenciones, ó para acrisolar al justo, ó para castigar al perverso, no siempre permite que se verifiquen sus designios. Su Providencia, que vela sobre

la conservación de sus criaturas, mil veces embaraza ó destruye los inicuos proyectos para que las unas no sean pasto de la ferocidad de las otras.

Así le sucedió al Aguilucho y sus compañeros la mañana que salimos á sorprender á los viandantes.

Serían las seis cuando desde la cumbre de una loma los vimos venir por el camino real. Venían los tres por delante con sus escopetas en las manos; luego seguían cuatro caballos ensillados de vacío, esto es, sin jinetes; á seguida venían cuatro mulas cargadas con baúles, catres y almofreces, que se conocía lo que era de lejos, á pesar de venir cubiertas las cargas con unas mangas azules, y por fin venían de retaguardia los tres mozos.

Luego que el Aguilucho los vió, se prometió la venganza y un buen despojo, y así nos hizo ocultar tras un repecho que hacía la loma en su falda, y nos dijo:— Ahora es tiempo, compañeros, de manifestar nuestro valor y aprovechar un buen lance, porque sin duda son mercaderes que van á emplear á Veracruz y toda su carga se compondrá de reales y ropa fina. Lo que importa es no cortarse, sino acometerles con denuedo, asegurados en que la ventaja está por nosotros, pues somos cinco y ellos son sólo tres, que los mozos, gente alquilona y cobarde, no deben darnos cuidado. Tomarán correr á los primeros tiros; y así, tú, Perico, yo y el Pípilo les saldremos de frente en cuanto lleguen á buena

distancia, quiero decir, á tiro de escopeta, y el Zurdo y el Chato les tomarán la retaguardia para llamarles la atención por detrás. Si se rinden de bueno á bueno, no hay más que hacer que quitarles las armas, amarrarlos y traerlos á este cerro, de donde los dejaremos ir á la noche; pero si se resisten ó nos hacen fuego no hay que dar cuartel; todos mueran.

Tanto la vista de los enemigos, que por instantes se acercaban, como la consideración del riesgo que me amenazaba, me hacían temblar como un azogado sin poder disimular el miedo, de modo que mi temor se hizo sensible, porque como mis piernas temblaban tanto, hacían las cadenillas de las espuelas un sonecillo tan perceptible con los estribos, que llamó la atención del Aguilucho, quien, advirtiéndome mi miedo, echando fuego por los ojos, me dijo:— ¿Que estás temblando, sinvergüenza, amujerado? ¿Piensas que vas á reñir con un ejército de leones? ¿No adviertes, bribón, que son hombres como tú, y solos tres contra cinco? ¿No ves que no vas solo sino con cuatro hombres, y muy hombres, que se van á exponer al mismo riesgo y te sabrán defender como á las niñas de sus ojos? ¿Tan fácil es que tú perezcas y no alguno de nosotros? Y por fin, supón que te dieron un balazo, y te mataron, ¿qué cosa nueva y nunca vista es esa? ¿Has de morir de parto, collonote, ó te has de quedar en el mundo para dar fe

de la venida del Antecristo? ¿Qué, quieres tener dinero, comer y vestir bien, y ensillar buenos caballos de flojón, encerrado entre vidrieras y sin ningún riesgo? Pues eso está verde, hermano; con algún riesgo se alquila la casa. Si me dices, como me has dicho, que has conocido ladrones que roban y pasean sin el menor peligro, te diré que es verdad; pero no todos pueden robar de igual modo. Unos roban militarmente, quiero decir, en el campo y exponiendo el pellejo, y otros roban cortesana-mente, esto es, en las ciudades, paseando bien y sin exponerse á perder la vida; pero esto no todos lo consiguen, aunque los más lo desean. Conque cuidado con las collonerías, porque te daré un balazo antes que vuelvas las ancas del caballo.

Asustado yo con tan áspera reprensión y tan temida amenaza, le dije que no tenía miedo, y que si temblaba era de puro frío; que entraríamos al ataque y vería cuál era mi valor.

—Dios lo haga, dijo el Aguilón, aunque lo dudo mucho.

En esto llegaron los caminantes á la distancia prefijada por el Aguilucho. Se desprendieron de nuestra compañía el Chato y el Zurdo y les tomaron la retaguardia, al mismo tiempo que el Pípilo, yo y el Aguilucho les salimos al frente con las escopetas prevenidas, gritándoles:

— ¡Párense todos, si no quieren morir á nuestras manos!

A nuestras voces saltaron de sobre las cargas cuatro hombres armados, que ocuparon en el momento los caballos vacíos y se dirigieron contra el Zurdo y el Chato, los cuales, recibiendo con las bocas de sus carabinas, mataron á uno y ellos huyeron como liebres.

Los tres viandantes se echaron sobre nosotros, matándonos al Pípilo en el primer tiro. Yo disparé mi escopeta con mala intención, pero sólo se logró el tiro en un caballo, que tiré al suelo.

Cuando el Aguilucho se vió solo, porque no contaba conmigo para nada, me dijo: — Ya este no es partido; un compañero han muerto, dos han huído, los contrarios son nueve, huyamos.

Al decir esto, quiso volver la grupa de su caballo; pero no pudo, porque éste se le armó, de modo, que á pesar de que cargábamos y disparábamos aprisa, no haciendo daño y lloviendo sobre nosotros los balazos, temíamos nos cogieran con arma blanca, porque se iban acercando á nosotros los tres viandantes á todo trapo, sin tener miedo á nuestras escopetas.

Entonces el Aguilucho se echó á tierra, matando á su caballo de un culatazo que le dió en la cabeza, y al subir á las ancas del mío, le dispararon una bala tan bien dirigida, que le pasó las sienes y cayó muerto.

Casi por mi cuerpo pasó la bala, pues me llevó un pedazo de la cotona. La sangre del infeliz Aguilucho salpicó mi ropa. Yo no tuve más lugar que decirle: — ¡Jesús te valga!—Y viéndome solo y con tantos enemigos encima, arrimé las espuelas á mi caballo y eché á huir por aquel camino más ligero que una flecha. La fortuna fué que el caballo era excelente y corría tanto como yo quería. Ello es que al cuarto de hora ya no veía ni el polvo de mis perseguidores.

Extravié veredas, y aunque pensé ir á dar el triste parte de lo acaecido á las madamas de la casa, no me determiné, ya porque no sabía el camino, y ya porque, aunque lo hubiera sabido, temía mucho volver á aquellas desgraciadas guaridas.

Cansado, lleno de miedo, y con el caballo fatigado, me hallé como á las doce del día en un solo y agradable bosquecillo.

Allí desocupé la silla; aflojé las cinchas al caballo, le quité el freno, le dí agua en un arroyo, lo puse á pacer la verde grama; me senté bajo un árbol muy fresco y sombrío, y me entregué á las más serias consideraciones.

—No hay duda, decía yo, la holgazanería, el libertinaje y el vicio no pueden ser los medios seguros para lograr nuestra felicidad verdadera. La verdadera felicidad en esta vida no consiste ni puede consistir en otra

cosa que en la tranquilidad de espíritu en cualquier fortuna; y ésta no la puede conseguir el criminal, por más que pase alegre aquellos ratos en que satisface sus pasiones; pero á esta efímera alegría sucede una languidez intolerable, un fastidio de muchas horas y unos remordimientos continuos; pagando en estos tan largos y gravosos tributos aquel placer mezquino que quizá compró á costa de mil crímenes, sustos y comprometi-  
mientos.

Estas son unas verdades concedidas por todo el que reflexione atentamente sobre ellas. Mi padre me las advertía desde muy joven; el coronel no dejaba de repetírmelas; yo las he leído en los libros y tal vez las he oído en los púlpitos; ¿pero qué más? El mundo, los amigos, mi experiencia han sido unos constantes maestros que no han cesado de recordarme estas lecciones en el discurso de mi vida, á pesar de la ingratitud con que yo he desatendido sus avisos.

—El mundo, dije; sí, el mundo, mis malos amigos, los funestos sucesos de mi vida, todo ha conspirado uniformemente á mi desengaño, aunque por distintos rumbos; porque un mundo falaz y novelero, un mal amigo vicioso y lisonjero, una desgracia que nos acarrea nuestra conducta disipada, y todos los males de la vida son maestros que nos enseñan á reglar nuestras acciones y á mejorar nuestro modo de vivir. Ello es cierto